

KEN LIU

---

LA  
CHICA  
OCULTA

Y  
OTROS RELATOS



Esta colección incluye una selección de la ficción especulativa de Liu en los últimos cinco años: dieciocho de sus mejores relatos y un fragmento de *El trono velado*, el tercer volumen de la serie de fantasía épica «La Dinastía del Diente de León».

Desde narraciones sobre asesinos que viajan en el tiempo o sobre criptomonedas hasta conmovedoras historias de relaciones entre padres e hijos, los relatos de este volumen exploran temas importantes para el presente y arrojan una mirada visionaria al futuro de la humanidad.

*A mi abuela, Xiaoqian,  
que me enseñó cómo contar historias.*

*A Lisa, Esther y Miranda,  
que me han enseñado por qué las historias son  
importantes.*

## PREFACIO

En el corazón del arte de escribir ficción subyace una paradoja, al menos de acuerdo con mi propia experiencia: si bien el medio de la ficción es el lenguaje, una maquinaria cuyo objetivo principal es la comunicación, yo solo consigo quedar satisfecho con la ficción que escribo si me olvido de ese objetivo comunicativo.

Me explicaré. Como autor, construyo un artefacto cuya materia prima son las palabras, pero las palabras carecen de significado hasta que la conciencia del lector las anima. La historia es contada a medias entre autor y lector, y toda historia está incompleta hasta que aparece un lector y la interpreta.

Cada lector llega al texto con su propio marco interpretativo, suposiciones sobre la realidad y visión general acerca de cómo es el mundo y cómo debería ser. Todo esto se adquiere a través de la experiencia, a través de la particular sucesión de enfrentamientos de cada individuo con la compleja realidad. La verosimilitud de la trama se juzga en función de las cicatrices de esas batallas; la profundidad de los personajes se contrapone con las sombras de esos sucesos; la verdad o falsedad de cada historia se sopesa con los miedos y esperanzas que alberga cada corazón.

Una buena historia no puede funcionar como un informe legal, que trata de persuadir y guiar al lector por una senda angosta al borde del abismo de la sinrazón. Debe

ser más bien como una casa vacía, un jardín abierto, una playa desierta a orillas del océano. El lector llega con su propio y oneroso bagaje y sus posesiones más preciadas, con semillas de dudas y las podaderas del entendimiento, con mapas de la naturaleza humana y cestas de nutritiva fe. Entonces se instala en la historia, explora hasta el último de sus rincones y recovecos, cambia los muebles de lugar en función de su propio gusto, empapela las paredes con bosquejos de su vida interior y, de ese modo, la convierte en su hogar.

Como autor, tratar de construir una casa que vaya a agradar a hasta el último futuro habitante imaginable me resulta restrictivo, paralizador. Es mucho mejor construir una en la que yo en concreto me sentiría a gusto, tranquilo, confortado por la armonía reinante entre realidad y artificio del lenguaje.

No obstante, la experiencia me ha demostrado que cuanto menos me propongo *comunicar*, más abierto queda el resultado a la interpretación; cuanto menos me preocupo por la comodidad de mis lectores, más probable es que conviertan la historia en su hogar. Solo concentrándome estrictamente en lo subjetivo tengo alguna oportunidad de alcanzar lo intersubjetivo.

Así que seleccionar las historias para este volumen ha sido en más de un aspecto mucho más sencillo que elegir las de mi primera colección, *El zoo de papel y otros relatos*<sup>[1]</sup>, al no estar sometido a la presión de tener que «presentarme». En lugar de preocuparme por qué relatos conformarían la «mejor» colección para esos lectores imaginarios, decidí optar por aquellos que a mí más me agradaban. Joe Monti, mi editor, me resultó de inestimable ayuda en este proceso y, a partir de las historias elegidas, consiguió estructurar un índice que a su vez relata una metanarración de la que yo por mi cuenta no me hubiese apercibido.

Ojalá en este libro encontréis una historia que convertir en vuestro hogar.

# DÍAS DE FANTASMAS

## 3.

### NOVA PACÍFICA, 2313

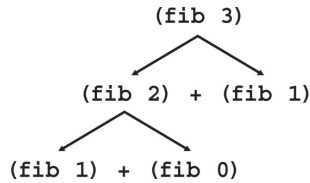
La señora Coron señaló la pantalla-pizarra, en la que había tecleado un fragmento de código:

–Vamos a pintar el árbol de llamadas para esta función LISP clásica que calcula de manera recursiva el enésimo número de Fibonacci.

Ona observó a su profesora cuando esta se giró. La señora Coron no llevaba casco e iba ataviada con un vestido que dejaba al aire la piel de sus brazos y piernas de una manera que la mujer había enseñado a los niños resultaba *bonita y natural*. Ona sabía fehacientemente que el gélido aire de la clase, tan frío que a ella y al resto de alumnos les podía provocar hipotermia con tan solo una breve exposición, era de lo más adecuado para los profesores, pero no pudo evitar estremecerse al verla. El traje térmico hermético le raspó las escamas, y el ruido del roce resonó con fuerza en el interior de su casco.

–Una función recursiva funciona como si fuese una muñeca rusa –continuó la señora Coron–. Para resolver un problema complejo, la función recursiva se va llamando a

sí misma para resolver una versión de menor complejidad del mismo problema.



Ona deseó poder resolver sus problemas llamando a una versión de menor complejidad de sí misma. Se imaginó que tenía anidada en su interior una Ona Obediente, a la que le gustaba pintar árboles de llamadas en Lenguajes de Programación Clásicos y estudiar prosodia en Inglés Arcaico. Así ella quedaría liberada para poder concentrarse en la misteriosa civilización alienígena de Nova Pacífica, los habitantes originales del planeta, muertos largo tiempo atrás.

–Total, ¿qué sentido tiene estudiar lenguajes de programación obsoletos? –dijo Ona.

El resto de niños de la clase giraron la cabeza a la vez para mirarla, y los dorados destellos de las escamas de sus rostros la deslumbraron incluso a través de las dos capas de cristal, tanto en los cascos de ellos como en el suyo propio.

Ona se maldijo en silencio. Por lo visto, en lugar de a Ona Obediente, de algún modo había invocado a Ona Bocazas, que siempre la estaba metiendo en líos.

Ona se fijó en que ese día el rostro desnudo de la señora Coron estaba más maquillado de lo normal, pero sus labios, pintados de un rojo brillante, casi desaparecieron convertidos en una fina línea cuando trató de mantener la sonrisa.

–Estudiamos lenguajes clásicos para adquirir los hábitos intelectuales de los antiguos –afirmó la señora Coron–. Tienes que conocer tus orígenes.



Por la manera en que lo dijo, Ona supo que en realidad no se refería solo a ella, sino que ese «tienes» era un «tenéis» que englobaba a todos los niños de la colonia, de Nova Pacífica. Con su piel escamosa, sus órganos y vasos sanguíneos resistentes a las altas temperaturas, sus pulmones de seis lóbulos –todas ellas alteraciones basadas en modelos de la fauna autóctona–, los cuerpos de los chiquillos incorporaban características bioquímicas alienígenas que les permitían respirar el aire del exterior de la Cúpula y sobrevivir en ese planeta caluroso y tóxico.

Ona sabía que tenía que haber cerrado el pico, pero –igual que las llamadas recursivas del esquema de la señora Coron tenían por necesidad que retornar la pila de ejecución– ella tampoco pudo contener a Ona Bocazas.

–Ya conozco mis orígenes: fui diseñada en un ordenador, me desarrollé en un tanque y crecí en la guardería acristalada respirando el aire que se bombeaba del exterior.

–Ay, Ona, no es a eso a... a lo que me refería –dijo la señora Coron con voz ya más amable–. Nova Pacífica está demasiado lejos de nuestros mundos de origen, que no van a enviar una nave de rescate porque no saben que hemos sobrevivido al agujero de gusano y estamos atrapados aquí, en el otro extremo de la galaxia. Nunca contemplarás las bellas islas flotantes de Tai-Winn, los maravillosos pasillos estelares de Pele, las elegantes ciudades arbóreas de Polen, los ajetreados búnkeres de datos de Tiron... has quedado aislada de tu legado cultural, del resto de la humanidad.

Al oír –por millonésima vez– esas vagas leyendas sobre las maravillas de las que había sido privada, a Ona se le erizaron las escamas de la espalda. Odiaba la condescendencia. Sin embargo, la señora Coron continuó:

–Pero cuando hayas aprendido lo suficiente como para leer el código fuente LISP que controlaba en la Tierra los primeros autoconstructores; cuando hayas aprendido el

suficiente inglés arcaico para comprender la Declaración del Nuevo Destino Manifiesto; cuando hayas aprendido lo suficiente en Costumbres y Cultura para poder apreciar todas las grabaciones holográficas y simulaciones que hay en la Biblioteca... entonces, entonces comprenderás la brillantez y elegancia de los antiguos, de nuestra raza.

–Pero nosotros no somos humanos, ¡para nada! Nos hicisteis a imagen y semejanza de las plantas y animales que viven aquí. ¡Nos parecemos más a esos alienígenas muertos que a vosotros!

La señora Coron se quedó mirando a Ona, que comprendió que había dado con una verdad que su profesora no deseaba reconocer, ni siquiera en su fuero interno. A sus ojos, los niños nunca serían lo bastante buenos, nunca serían por completo *humanos*, aunque ellos eran el futuro de la humanidad en ese inhóspito planeta.

La señora Coron respiró hondo y prosiguió como si nada hubiera pasado:

–Hoy es el Día del Recuerdo, y estoy convencida de que luego vais a dejar impresionados a todos los profesores con vuestras presentaciones. Pero primero vamos a terminar la clase.

»Para calcular el término  $n$ -ésimo, la función recursiva se llama a sí misma para calcular los términos  $n-1$  y  $n-2$ -ésimos, que así podrán ser sumados, y cada vez va retrocediendo más en la secuencia, resolviendo versiones previas del mismo problema...

»El pasado, que asimismo se va acumulando recursivamente poco a poco, termina por convertirse en el futuro.

Sonó el timbre y la clase terminó por fin.

Incluso aunque la larga caminata les suponía disponer de menos tiempo para comer, Ona y sus amigos siempre salían fuera de la Cúpula a la hora del almuerzo. Cuando comían dentro les tocaba estrujar tubos de pasta por una

ranura del casco o regresar a los claustrofóbicos tanques de su dormitorio.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Jason antes de darle un bocado a una fruta panal, venenosa para los profesores pero por la que todos los niños se pirraban.

Jason se había pegado losetas cerámicas blancas por todo el traje para que pareciera una de esas antiguas escafandras espaciales de las fotografías viejas. Tenía una bandera a su lado —el ancestral pabellón de las barras y estrellas del Imperio estadounidense (¿o era la República estadounidense?)—, la reliquia que le habían asignado para que esa tarde en la Asamblea del Recuerdo narrase la leyenda de Neil Armstrong, el paseante lunar.

—Ni siquiera vas disfrazada —añadió él.

—Ni lo sé ni me importa —dijo Ona mientras desenroscaba su casco y se despojaba del traje. Inspiró profundamente el aire fresco y cálido, libre del sofocante olor químico de los filtros de reciclaje.

Todo aquel que fuese a realizar una presentación en la Asamblea del Recuerdo tenía que ir disfrazado. A Ona le habían entregado dos semanas atrás la antigüedad que le habían asignado: una pequeña pieza metálica plana de superficie rugosa, más o menos del tamaño de la palma de su mano y con forma similar a la de una pala de juguete. Era de color verde oscuro; con un mango corto, grueso y plano, y una hoja terminada en dos puntas; y más pesada de lo que sus dimensiones hacían pensar. Era una reliquia familiar perteneciente a la señora Coron.

—Pero para ellos estas antigüedades e historias son importantísimas —dijo Talia—. Si no has investigado van a cabrearse un montón.

Talia se había pegado su objeto, un velo blanco, por encima del casco, y se había puesto un vestido blanco de encaje sobre el traje, para poder representar una boda clásica con Dahl, que se había pintado el traje de negro

para parecerse a los novios que había visto en los hologramas antiguos.

—De todas maneras, ¿quién sabe si las historias que nos cuentan son ciertas? Nosotros nunca vamos a poder ir allí.

Ona depositó la pequeña pala en el centro de la mesa, donde el metal absorbía el calor del sol. Se imaginó a la señora Coron alargando la mano para tocarla —un valioso recuerdo de un mundo que la mujer no volvería a ver— y lanzando un grito acto seguido porque la pala quemaba.

*Tienes que conocer tus orígenes.*

Ona hubiese preferido utilizar la pala para desenterrar el pasado de Nova Pacífica, su planeta, donde ella se sentía cómoda y en su verdadero hogar. Tenía mucho más interés por aprender sobre la historia de los *alienígenas* que por conocer el pasado de los profesores.

—Se aferran a su pasado como líquen viscoso podrido —mientras hablaba, Ona notaba bullir la furia en su interior — y nos hacen sentir mal, incompletos, como si nunca fuésemos a llegar a ser tan buenos como ellos. ¡Pero si aquí fuera no podrían sobrevivir ni una hora!

Agarró la pala y la lanzó con todas sus fuerzas hacia el bosque de maderalbos.

Jason y Talia se quedaron callados. Tras unos incómodos minutos, se levantaron.

—Tenemos que prepararnos para la Asamblea —musitó Jason antes de regresar al interior.

Ona se quedó un rato sentada a solas, contando con desgana las alas-lanzadera que pasaban raudas por encima de ella. Con un suspiro se puso en pie y enfiló hacia el bosque de maderalbos para recuperar la pala.

A decir verdad, los días de otoño cálidos y radiantes como ese, a Ona solo le apetecía permanecer en el exterior, sin traje ni casco, vagando por los bosquecillos de maderalbos, con sus troncos de seis lados elevándose hacia el cielo, sus trémulas hojas hexagonales de un blanco

argénteo componiendo un baldaquino de azogue, con su murmullo de susurros y risas.

Contempló los revoloteadores que danzaban por el aire, con sus seis alas translúcidas de un vivo azul agitándose frenéticamente mientras dibujaban figuras en el aire que ella estaba convencida se correspondían con algún tipo de lenguaje. La Cúpula había sido construida en el emplazamiento de una ancestral ciudad alienígena y, aquí y allá, los montículos interrumpían los bosquecillos: pilas de escombros angulosos dejados por los misteriosos habitantes originales del planeta, todos ellos muertos milenios antes de la llegada de la nave colonial; ruinas alienígenas de las que tan solo emanaba un silencio fantasmal.

*Tampoco es que lo hayan intentado con demasiadas ganas,* pensó Ona. Los profesores nunca habían demostrado excesivo interés por los alienígenas; estaban demasiado ocupados tratando de embutir en la cabeza de los niños todo lo relacionado con la vieja Tierra.

Ona sintió la plena calidez del sol sobre su cuerpo y rostro, y sus escamas blancas centellearon iridiscentes. El sol vespertino calentaba lo suficiente como para llevar el agua al punto de ebullición en los lugares donde los maderalbos no daban sombra y, en el bosque, las blancas columnas de vapor proliferaban por doquier. Aunque no había arrojado la pala lejos, a Ona le costó encontrarla entre la densa arboleda. Fue avanzando con cuidado, despacio, examinando todas las raíces al aire y las piedras vueltas, todos los montones de ancestrales escombros. Deseó que la pala no se hubiera roto.

*Ahí está.*

Ona se acercó apresuradamente. La pala estaba sobre el lateral de una pila de escombros, hundida entre briznas de hierba purpurina que habían amortiguado su caída. Un poco de vapor burbujeaba atrapado debajo de ella, de suerte que el objeto parecía estar flotando sobre el vaho del agua que escapaba del suelo. Ona se inclinó más.

El vapor tenía una fragancia que nunca antes había oído. El vaho había arrancado parte de la pátina verde que recubría la pala, dejando al descubierto el reluciente metal dorado de debajo. Ona tomó repentina conciencia de lo antiquísimo de la pieza y se preguntó si se trataría de algún objeto ritual, al acordarse vagamente de algunas cosas que les habían contado en las clases de Costumbres y Cultura sobre las religiones: historias de fantasmas.

Por primera vez se preguntó con curiosidad si a sus anteriores propietarios alguna vez se les había pasado por la cabeza que la pala terminaría un día a un billón de kilómetros de su hogar, sobre un mausoleo alienígena, en manos de una niña apenas humana con el aspecto de Ona.

Hechizada por el olor, alargó la mano hacia la pala, respiró hondo y se desmayó.

## 2.

### **EAST NORBURY (CONNECTICUT), 1989**

Para el baile de Halloween, Fred Ho decidió disfrazarse de Ronald Reagan.

Sobre todo porque era la careta que estaba de oferta en el bazar, aunque así también podría ponerse el traje de su padre, que este solo había utilizado en una ocasión, el día de la inauguración del restaurante. No quería tener que discutir con su progenitor por cuestiones de dinero. Bastante consternación había causado ya a sus padres el que fuera a asistir al baile.

Y además los pantalones tenían los bolsillos profundos, ideales para guardar el regalo. A través de la fina tela, el calor de su muslo había atemperado la pequeña antigüedad: una pesada y angulosa piececita de bronce con for-

ma de pala. Fred había pensado que a Carrie le podría gustar emplearla como pisapapeles, colgarla como decoración en alguna ventana o incluso aprovechar el agujero en el extremo del mango para convertirla en un quemador de incienso. Carrie olía a menudo a sándalo y a pachuli.

Cuando pasó a recogerlo por casa, Carrie saludó con la mano a los padres de Fred, que estaban plantados en el umbral, confundidos y recelosos, y que no le devolvieron el saludo.

–Vas muy elegante –dijo ella, que tenía su careta en el salpicadero.

Fred se había sentido aliviado cuando Carrie aprobó su disfraz. De hecho, no se había limitado a aprobarlo: ella misma se había disfrazado de Nancy Reagan.

Fred se echó a reír y trató de que se le ocurriese algún comentario apropiado. Para cuando se decidió por «Tú estás muy guapa», ya se habían alejado un bloque y le pareció demasiado tarde, así que se limitó a decir:

–Gracias por pedirme que te acompañara al baile.

El pabellón deportivo estaba adornado con banderines naranjas, murciélagos de plástico y calabazas de papel. Se pusieron las máscaras y entraron. Bailaron al son de *Straight Up*, de Paula Abdul, y luego de *Like a Prayer*, de Madonna. Bueno, Carrie bailó; Fred sobre todo trató de mantener el tipo.

Aunque continuaba moviéndose con la misma torpeza de siempre, gracias a las caretas le resultó algo más sencillo dejar de preocuparse por su carencia de la habilidad más esencial para sobrevivir en un instituto estadounidense: ser capaz de pasar desapercibido.

Las máscaras de goma no tardaron en hacerles sudar. Carrie apuró vaso tras vaso de un ponche empalagosamente dulce, pero Fred, que optó por no despojarse de la careta, declinó beber con un movimiento negativo de la cabeza. Para cuando Jordan Knight comenzó a cantar ¡//